



En Torno a un Descubrimiento

Rafael Vargas-Hidalgo

N

uestra generación ha tenido el privilegio de haber visto llegar el Hombre a la luna y ahora de celebrar sus quinientos años del descubrimiento de América.

Hasta el momento, los preparativos para festejar este Quinto Centenario tienen un sabor marcadamente europeo. Lo que en verdad se quiere celebrar no es lo americano sino el espíritu y proezas de los europeos que les permitieron alcanzar tan ignotos lugares. Sin negar el enorme mérito de quienes atravesaron el océano, no nos debemos olvidar que también se están celebrando los quinientos años desde que los americanos descubrieron Europa al ver llegar a sus playas unas gigantescas cáscaras de nuez que iluminaban el verde de las selvas con sus fuegos.

Si en los ibéricos debemos admirar el coraje (mezclado con la codicia y la aventura), en los indígenas destaca la firmeza por mantener su tierra y su cultura, como ha cantado Ercilla en «La Araucana». Al cabo de los siglos, los enconados enemigos de ayer han producido una sangre común, en la cual se mezclan tradiciones y

formas de pensar muy diversas. Esta es una característica del espíritu americano; pero él no se limita a una convergencia de lo aborigen y lo europeo porque en la formación de la cultura del Nuevo Mundo han participado genes de variadas latitudes, del negro al chino pasando por el nórdico. Es esto lo que vale la pena de recordar durante estos festejos. En efecto, esta ocasión no debe constituir un canto a la grandeza europea sino que debe permitir reflexionar sobre el significado, fortaleza y flaquezas de América.

La ignorancia europea sobre América es inmensa. Por ejemplo, durante el conflicto de las Malvinas era impresionante comprobar cuán desconocida era la Argentina para el pueblo italiano a pesar que ese país americano está constituido substancialmente por inmigrantes provenientes de Italia. Y cuando un europeo conoce a un chileno, cree que procede de una tierra de palmeras y papagayos, a manera de una larga isla caribeña.

En verdad somos tan desconocidos que hasta se ignoran nuestros nombres: América y americanos. Para la mayoría de los europeos, América es simplemente la manera abreviada de decir Estados Unidos y por americano sólo entienden a un estadounidense. Jamás se les ocurre que un hondureño o un brasileño son americanos. Yo no sé en qué momento de descuido nos han quitado hasta el nombre. Empecemos celebrando ese Quinto Centenario reivindicando esta preciosa parte de nuestra personalidad. No somos latinoamericanos o sudamericanos, es decir, un subproducto de algo más grande llamado América (que significaría un determinado país nórdico). Afirmemos la paternidad de estas palabras; notemos que las cosas en las lenguas no ocurren por capricho sino que expresan formas de pensamiento colectivo, es decir, una cierta psicología social; observemos que, por los misterios de nuestra mentalidad, no bautizamos al continente llamándole como el descubridor sino que le dimos el nombre de pila del cartógrafo; quisimos que el continente no fuera un Américo grave y duro sino que sonara con un ritmo femenino y voluptuoso como la vegetación tropical. Afortunadamente hay un reducido

número de europeos que comprende que somos americanos a secas y es nuestro deber reforzar esta actitud. En este sentido se deben de destacar los programas de la RAI (Radiodifusión Italiana), en los cuales se distingue siempre con cuidado lo que es Estados Unidos y estadounidense de lo que es América y americano.

América y Europa se deben muchas cosas mutuamente. Los americanos recibimos una tecnología que, sin la llegada de los ibéricos, hubiera requerido siglos descubrirla. Por otra parte, frutos, animales, minerales, objetos de todo tipo y, sobre todo, experiencias, cruzaron de una orilla a otra del Atlántico. El oro americano tuvo también un papel que jugar en las conquistas del Renacimiento. Y la fantasía europea recibió un magnífico estímulo al conocer de selvas y océanos inmensos donde se asentaban dorados de una belleza jamás antes soñada. En este Quinto Centenario se debe insistir sobre la influencia que América ha ejercido sobre Europa.

Por nuestra parte, los americanos reconocemos nuestra admiración por la cultura europea. Quisiéramos que con ocasión de esta fiesta, los gobiernos europeos, por primera vez en quinientos años, enviaran sus obras de arte más importantes a recorrer América, tal y como continuamente, y con muchos desvelos, lo hacen en Estados Unidos y Japón. Quisiéramos que los más afamados escritores y científicos europeos vinieran en gran número a dialogar con los americanos para transformar el Quinto Centenario en un evento cultural sin precedentes. Leonardo, Miguel Angel, Rafael, Velázquez, El Greco, Goya, pero también Dürer, Brueghel o Cranach, deberían recorrer el Nuevo Mundo de punta a punta.

En efecto, Europa no sólo puede ofrecer ayuda económica a América, sino sobre todo estímulos culturales. Aquí los europeos encontrarán a sus interlocutores más vecinos, capaces de comprenderles de una forma no igualada en otras latitudes.

Si bien la ignorancia europea sobre América es lamentable, constituye un fenómeno aún más aberrante el

desconocimiento mutuo entre americanos. El Quinto Centenario debería entonces transformarse en una oportunidad para conocernos mejor, empezando por una atención preferente por parte de los medios de difusión, escuelas y universidades con respecto a las naciones vecinas.

Quinientos años han pasado desde que dormidas regiones americanas despertaron ante la visión de lejanos pueblos. Sin embargo, Europa aún no ha *descubierto* América, realmente, ni los americanos se han *descubierto* entre sí.

